



**Aula d'Història de Lo Rat Penat**  
**Conferencia del profesor D. Fernando Millán Sánchez**

**Tema XXVII.**

**Antonio José Cavanilles.**  
**La Botánica valenciana, referente de España.**

***Su vida.***

Antonio José Cavanilles nació en la ciudad de Valencia, capital del reino de su mismo nombre, el año 1745, cuando la Ilustración española iniciaba su periodo de esplendor, en el hogar de una familia perteneciente a la burguesía ciudadana, con poder económico suficiente para costear los estudios de su hijo, y con una profunda fe católica que marcaba el signo de la educación a recibir.

Demostradas en el transcurrir de su primera enseñanza las buenas condiciones de quien en el pasar del tiempo sería el primero de los botánicos españoles, sus padres decidieron enviarlo a Gandía, la capital de la valenciana comarca de la Safor, para que el adolescente Cavanilles cursara allí, en el Colegio de los Jesuitas que existía desde el siglo XVI, fundado por iniciativa de San Francisco de Borja, las materias correspondientes a las Humanidades, aquellas que le preparaban para el futuro acceso a la enseñanza superior. Enseñanzas que debería cursar en la Universidad.

Y fue efectivamente en la Universidad de Valencia, que en su tiempo vivía la tensión existente entre los defensores de la enseñanza tradicional, la defendida por la Iglesia, y aquellos que pugnaban por imponer una nueva Universidad de carácter racionalista, donde el joven Cavanilles cursaría los estudios que la naturaleza de su familia imponía. Los estudios de Teología y Filosofía que le permitían mantenerse próximo a la influencia de sus primeros profesores, los hermanos de la Compañía de Jesús.

Una proximidad de afectos y de pensamientos que permitió a quien terminaba sus estudios universitarios, iniciar su periplo en la vida profesional como profesor del Colegio de los Jesuitas.

Tiempo todavía de formación, de adquisición de conocimientos, en el que demostró unas condiciones para la enseñanza ciertamente excepcionales. Condiciones que no solo podían verse en las ramas de Teología y Filosofía que habían sido la materia preferente de sus estudios universitarios, sino también en las propias de las Matemáticas y de la Física, acerca de las cuales se veía vocacionado por la modernidad de los estudios y por los resultados que ofrecían de cara al progreso de la sociedad.



La Razón como vehículo del pensamiento y del progreso, triunfaba plenamente sobre la Fe en el último tercio del siglo XVIII, y Antonio José Cavanilles aceptaba ese triunfo situándose entre los defensores de las Ciencias Experimentales. Se forjaba así una personalidad que recordaba a los hombres del Renacimiento, aquellos que acumulaban

grandes conocimientos en todas y cada una de las ramas de la Ciencia y del Arte.

La fama de profesor de Antonio José Cavanilles trascendía más allá de las aulas del Colegio de los Jesuitas. Una fama que le permitió recibir la propuesta del regidor de la Audiencia de Valencia para que se convirtiera en el preceptor de sus hijos. Una propuesta que Cavanilles aceptó porque le permitía romper con la disciplina que ser profesor de los jesuitas le imponía, y que le permitía tener más tiempo libre y más autonomía personal para seguir profundizando en los nuevos conocimientos que le atraían.

Con el regente de la Audiencia de Valencia, convertido en presidente de la Audiencia de Oviedo, se trasladó el preceptor a las tierras del Norte de España. Cambio de domicilio y de ambiente que le permitió conocer nuevos modos de vida, nuevas formas de comportamiento y nuevas gentes que le abrían perspectivas de conocimiento no tenidas hasta el momento.

Deseaba culminar su vida, el futuro botánico valenciano, como profesor de la Universidad. Para lograr su sueño decidió presentarse a las necesarias pruebas, obteniendo una cátedra universitaria que era la meta final de cuantos habían hecho del estudio y de la enseñanza la meta soñada.

Es por ello por lo que, abandonando su profesión de preceptor, podemos encontrarlo impartiendo sus enseñanzas en la Universidad de Murcia. Enseñanzas que se circunscribían a la Filosofía, la materia que, como sabemos, había sido una de las disciplinas en las que en principio se interesó. Pero esta vez no se enmarcaba en el contexto de los profesores próximos a la Compañía de Jesús, sino que ejercía su propia libertad de pensamiento en el exponer de las materias propias del programa.

Un tiempo, el pasado en Murcia, que le proyectó mucho más allá de lo que habían sido sus años valencianos, sus años como profesor de los jesuitas y como preceptor de los hijos de un jurista reconocido. Años de expansión de su personalidad en los que pudo conocer a representantes de la alta nobleza española y muy en especial a quien sería su protector en el pasar de los años. Nos referimos al duque del Infantado, seguramente la Casa nobiliaria española de mayor poder tanto económico como político en el discurrir de los pasados siglos, que se disputaba con la de Alba el primer lugar en la hidalguía española.

El duque del Infantado le pidió a Cavanilles que fuese el preceptor de sus hijos, el que formase a la nueva generación de la Casa nobiliaria, y Cavanilles aceptó. Una aceptación meditada que cambiaría substancialmente su vida. Y muy especialmente cuando



el duque del Infantado fue nombrado embajador español en Francia, con residencia en París, y le pidió que le acompañara al País vecino para seguir con la formación de sus descendientes.

Era una oferta que el ya reconocido intelectual valenciano no podía rechazar. Francia era la cuna del Racionalismo y era también el lugar, en su Universidad de la Sorbona, donde se ofrecían al mundo el conocimiento más actualizado de todas las Ciencias experimentales, sin olvidar las nuevas propuestas en el campo de la Filosofía. París era la capital del saber y también la capital de los nuevos tiempos, aquellos que apuntaban hacia un progreso de la Humanidad que no tenía precedentes conocidos.

Hacia París, la capital de Francia y de Europa, marchaba el nuevo Cavanilles, con la mente dispuesta a tomar parte en todos los nuevos retos que el saber podía presentarle,

Y en París, junto a la Sorbona, cumplió definitivamente sus sueños el insigne naturalista valenciano. En ella, además de sus tareas como preceptor, se dedicó al estudio de la Química, la antigua ciencia de los brujos, la Alquimia, que había recibido ya su reconocimiento definitivo como Ciencia experimental; abrió también sus ojos a una Ciencia que le apasionaba, la Zoología, el conocimiento de todas las especies animales existentes, completándola con el conocer de la Mineralogía, el conocimiento humano de los secretos que la Tierra encerraba; y, sobre todo, encontró en su búsqueda permanente del saber la Ciencia que marcaría definitivamente su camino: la Botánica.

Una Ciencia antigua, casi contemporánea al recorrido de la Historia del hombre, que en el acontecer del siglo XVIII adquiría una dimensión diferente.

Siempre había tenido la Botánica una importancia capital en el desarrollo de la Medicina, en el saber de los médicos como base de sus ungüentos primero, de sus fórmulas magistrales más tarde, para curar las enfermedades. En ella habían destacado los médicos griegos, romanos, judíos y árabes. Pero considerada siempre como una Ciencia auxiliar, como un hacer práctico de los curadores expertos en conocer todas sus virtudes.

Pero el siglo XVIII la presentaba como una Ciencia propia. Como un saber que debía ser tenido en cuenta no solo por sus aplicaciones prácticas, sino, y fundamentalmente, por la necesidad de su propio conocimiento. La Botánica era la Ciencia encargada de investigar la naturaleza propia de la parte más numerosa y vitalmente primaria de la Naturaleza. De ella dependía también la nueva Ciencia farmacéutica, y por ello su conocimiento se hacía imprescindible.

De hecho, se había transformado en la pasión de muchos de los monarcas ilustrados y de toda la nobleza que los acompañaba. Había sido siempre un sueño el adornar los



palacios con espléndidos jardines. Jardines que en algunos casos eran un absoluto encanto para los ojos y para el espíritu, en cuanto que reproducían una buena parte de la Naturaleza, tal vez la más bella.

Pero el siglo de la Ilustración añadía a este goce de los sentidos una nueva aplicación para la imaginación. La que nacía del conocimiento no

solo de las plantas que nos entornaban, aquellas que podíamos conocer en nuestra vida diaria, en nuestros tiempos de descanso, sino también de las innumerables plantas que crecían en otras partes del Mundo y cuyas características eran bien diferentes a las propias de Europa.

Nacían, para cumplir el sueño de los botánicos y la curiosidad de reyes y nobles, los Jardines Botánicos. Jardines que los monarcas implantaban en las más importantes ciudades de sus reinos. Jardines en los que junto a lo conocido brillaban los estanques de las desconocidas plantas acuáticas, los invernaderos para recoger la belleza de las plantas tropicales, los lugares especiales para poder exhibir la riqueza que las tierras de América podían ofrecer en el dominio de la diversidad de especies.

Una eclosión que tenía también su respuesta en los sabios que se dedicaban a su estudio. A la clasificación de cada una de ellas, a la reproducción de sus imágenes mediante dibujos que podían contenerse en un libro de fácil lectura, al estudio de cada una de sus propiedades, de sus aplicaciones en el campo de la Medicina, de la nutrición, de la elegancia, del conjunto de su vida en resumen, y a la simplicidad que ofrecían para poder embellecer el mundo que nos rodeaba.

Y entre los sabios que brillaban como eximios botánicos en el siglo XVIII, uno destacaba en el momento por encima de todos. Se trataba de Linneo, el botánico que ofrecía al mundo en imágenes el catálogo más acabado de todas y cada una de las plantas que el mundo encerraba, algunas de las cuales eran conocidas pero otras muchas eran vistas por vez primera gracias a sus estudios.

Al conocimiento profundo de la obra de Linneo dedicó los siguientes años Antonio José Cavanilles. Una dedicación que le llenó de placer cuando pudo comprobar sus innatas condiciones para reproducir las plantas que podía ver, ya fuera de modo directo ya lo fuera a través de las imágenes, que se iban conociendo en las publicaciones de los distintos expertos en Botánica. Una virtud de reproducción de todas las plantas que le ofreció en Francia fama, pero que también concitó contra él los ataques de otros naturalistas.

Los discípulos directos de Linneo fueron sus primeros y más encarnizados enemigos. Envidiosos de las condiciones del nuevo botánico español para el reconocimiento de las plantas y su traslación a la imagen, considerado entre ellos como un arribista sin escrúpulos que no había dedicado más que un tiempo muy limitado a la Botánica, le



acusaron de utilizar los trabajos de Linneo para presentarlos como trabajos propios ante la opinión pública.

Un ataque contra el trabajo de Cavanilles que surtió en parte buenos resultados. Sobre todo en la Francia que siempre había sido tan defensora de sus hombres de Ciencia, y que obligó a Cavanilles a enfrentarse violentamente con ellos demostrando ante el mundo de la Ciencia que si bien reconocía el magisterio de Linneo, ello no quería decir, en ningún caso,

que sus aportaciones personales sobre la naturaleza diferenciada de las plantas por él estudiadas y sus aplicaciones tanto en el campo de la investigación farmacéutica cuanto en el dominio de la agricultura, no fuesen propias.

Más allá de los enfrentamientos con los botánicos franceses, la fama de gran conocedor de las plantas que acompañaba al investigador español, se iba cimentando en toda Europa y muy especialmente en España. Una España necesitada de hombres de Ciencia capaces de responder al ataque que sufría quien durante dos siglos había sido la potencia hegemónica de Europa. Se le acusaba por parte de algunos ilustrados, franceses, alemanes, ingleses, de no haber aportado nada a la Civilización. De ser permanentemente una Nación sumida en sus vapores religiosos.

En la Francia en la que vivía Cavanilles, un nombre encabezaba el ataque contra España. Se trataba de Masson, un intelectual francés que, para ganarse el favor de un público siempre enamorado de su propia grandeza, había publicado un ensayo que planteaba una pregunta en verdad atrevida:

¿Qué había aportado España en el transcurrir de los siglos a la civilización europea?

Ensayo en cuyo transcurrir se afirmaba que nunca habíamos tenido en España filósofos de altura y mucho menos científicos de cualquier tipo, capaces de aportar nuevos conocimientos para el progreso de la Humanidad. Pobres de conocimientos eran nuestros médicos y ningún nombre de valía podíamos aportar en el dominio de las Matemáticas, de la Física, de la Astronomía, de la Química, de las Ciencias Naturales, nadie que hubiese aportado con su saber alguna ayuda a la Civilización.

Posición contra España que, nacida ya en la segunda mitad del siglo XVI, durante el reinado de Felipe II y los métodos de la Inquisición, se alargaría en el tiempo, durante todo el siglo XVII y el derrumbe del poder hispano, para aportar posiciones que intentaban ser científicas en el transcurrir del siglo XVIII que vivía sus últimos años, y se multiplicarán en el siglo XIX tras el triunfo de la Revolución francesa y la eclosión del Liberalismo.



Ataque contra el saber hispano, contra nuestra aportación a la Historia de la Humanidad, ante el que el botánico valenciano se levantará airado, manteniendo una polémica en defensa de España que trascendió las fronteras de Francia.

Argumentos de Cavanilles y de otros intelectuales de España en el transcurrir del tiempo, que tendrán siempre algunos puntos que resultan indiscutibles. El primero, el descubrimiento de América. Una aportación al conocimiento real del mundo que nadie puede poner en cuestión, aunque se haya pretendido dar una filiación italiana al descubrimiento; la existencia de un siglo de Oro en la literatura universal que, citados los nombres de Cervantes, Quevedo, Lope o Calderón, sirve para cerrar las bocas de los

detractores. Y el de los pintores que como Zurbarán, Murillo, Ribera o Velázquez asombran cada día con su obra.

Como lo sirve el recordar la enorme aportación de los médicos judíos y musulmanes españoles en el discurrir de una Edad Media en la que Europa vivía en la máxima oscuridad científica. Aportación que se perpetúa en la Medicina valenciana del siglo XVI y tiene su último adalid en los trabajos de Miguel Servet en el campo de la circulación sanguínea.

También en el campo de la Filosofía pueden ofrecerse ejemplos esclarecedores. No es posible olvidar a Maimónides y Averroes cuando se habla del hilo conductor que en el campo del conocimiento se establece entre la ciencia legada por la cultura clásica y el triunfo del Renacimiento.

En todo caso era tiempo, para Cavanilles, de volver a España donde los reyes de la Casa de Borbón, concretamente Carlos IV y su valido Godoy lo reclamaban. Corría el año 1789.

Instalado en Madrid, al servicio del monarca que había sucedido al ilustrado Carlos III, Antonio José Cavanilles fue nombrado director del Jardín Botánico de Madrid, que era el primero de España, y en el que se dedicó a dar clases a los botánicos que acudían a escucharle de todas las partes del mundo, así como a los alumnos de Botánica de las Universidades españolas.

Clases que adquirieron tal dimensión por los conocimientos expuestos y por la calidad de la enseñanza, que tuvieron que darse en un amplio invernadero del Jardín Botánico madrileño por la cantidad de alumnos que a ellas acudía.

Dirección del Jardín Botánico de Madrid que se iba extendiendo a todos los Jardines Botánicos de España gracias a los alumnos que, terminados sus estudios de Botánica en la capital del reino, ocupaban las distintas direcciones, con el encargo de seguir, con la máxima fidelidad, las directrices que se marcaban desde la Villa y Corte.



Dirección uniforme a partir de las enseñanzas de Cavanilles que, curiosamente, encontró una fuerte resistencia por lo que al Jardín Botánico de Valencia se trataba. Aquí ocupaba la dirección un botánico de gran prestigio, Lorente, que mantuvo la independencia del Jardín Botánico de Valencia que podía competir con cualquiera otro de España incluido el propio de la capital. Valencia, en el campo de la Botánica, no estaba precisada de recibir lecciones de nadie.

Tal vez por ello, por esta necesidad de reafirmarse entre los suyos, cuando en el año 1791 Carlos IV pidió a Cavanilles que le ofreciera un estudio completo de toda la Flora de la península ibérica, Cavanilles le contestó que lo haría con dos condiciones: la primera, empezar el estudio por las tierras valencianas; la segunda, no limitarse en el estudio a realizar a la Flora española, sino ampliarlo a la Fauna, a la Geografía, a la Población, a la

Agricultura..., condiciones que serían aceptadas y que dieron lugar al trabajo del botánico valenciano que estudiamos en las siguientes páginas.

Aportar, para cerrar la primera parte de la semblanza de Antonio José Cavanilles, que el botánico valenciano fue también el primer director de la Revista “Anales de las Ciencias Naturales”, que recogía todas las aportaciones científicas que en el dominio de las Ciencias Naturales se producían, así como el autor de diversos trabajos sobre las condiciones del cultivo del arroz, del cacahuete, y de la chufa, que personalizan una agricultura valenciana que, por su variedad, no tiene rival en España.

Antonio José Cavanilles moría en Madrid el año 1804. Cuando la Historia de España se encaminaba a vivir una de las tragedias más significativas de su devenir: la invasión de las tropas napoleónicas y la respuesta del pueblo español.

### ***Su obra.***

“Observaciones sobre la Historia Natural, Geografía, Agricultura, Población y Frutos del reyno de Valencia”. Tal es el título de la obra magna de Antonio José Cavanilles que, encargada en el año 1791 por el monarca reinante en España, Carlos IV de Borbón, fue impresa en Madrid y presentada en la Corte el año 1795 el primer tomo, y el año 1797, el segundo tomo. Una presentación que recogió el aplauso de cuantos la conocieron y la admiración de toda la sociedad española.

En el prólogo que aparece en el primer tomo, Cavanilles nos cuenta la razón de un título y de un proyecto de trabajo que excedía en mucho al que el monarca le había encargado.

Excedía en cuanto que su obra no solo iba a estudiar el específico mundo de la Botánica española, sino que, bien al contrario, este iba a ser ampliado por el referido a la Geografía que, en el discurrir de la obra se extenderá desde el principio mucho más allá de



los datos geográficos, para introducirse en los propios orígenes morfológicos de las tierras valencianas y su creación; con el estudio en el mismo caso, de toda la problemática propia de la agricultura valenciana, incidiendo en un plano económico que le llevara a plantearse la riqueza del territorio y la iniciativa de sus habitantes; en el estudio, también, de la Población, iniciando aquí una especie de trabajo social, de preocupación por las diferencias existentes entre ella, que le enmarca como uno de los investigadores centrados en la realidad de las diferencias sociales; y, en fin, en el estudio concreto de los frutos como una variante de la agricultura esencial en el hacer de los valencianos.

Una extraordinaria diversidad de trabajo, un empeño ciertamente colosal, que Cavanilles lo explica con la más extraordinaria modestia. Si tenía que visitar personalmente todas las tierras del reino de Valencia, si tenía que recorrer necesariamente todos sus pueblos, ponerse en

contacto con todas sus gentes, subir sus montañas, cruzar sus ríos..., parecía absurdo que no aprovecharse la ocasión para recoger todos los otros aspectos que singularizaban a las tierras cuya Botánica tenía que estudiar.

Un trabajo que parecía imposible de ser llevado a cabo y que Cavanilles llevó a la práctica en el transcurrir de seis años. Un tiempo que planificó desde el primer momento. La Botánica como materia encargada de tipo más profesional, ocuparía el segundo tomo de su obra, el análisis complementario de los Orígenes y formación de la tierra, de la Geografía, de la Agricultura, de la Población, de los Frutos, ocuparía las páginas y los grabados del primer tomo.

#### Orígenes y formación.

El tema previo a plantear es la delimitación del territorio. Y su respuesta coincide en general con la delimitación que hoy aceptamos. Por el Norte es el río Cenja el que marca la frontera con las tierras de Cataluña y también de Aragón, siendo la tenencia de Benifassà nuestro punto más septentrional; por el Sur nos habla de la Torre de la Horadada, que es el término que marca los lindes con el reino de Murcia; al Este es obvio que nuestros límites los marca el mar Mediterráneo; siendo la raya que marca nuestra frontera con las tierras de Castilla la que se extiende desde el Valle de Ayora hasta las tierras altas de Castellón, que son linderas con Aragón, teniendo en cuenta que los territorios propios de Requena y Utiel no forman parte en el momento de las tierras valencianas..

Una extensión territorial que, en el parecer del sabio valenciano, tiene un total de 838 leguas cuadradas, y que para su estudio divide en cuatro zonas: la septentrional, las tierras, aproximadamente de la actual Castellón, la meridional que podemos enmarcar



en las propias de Alicante, la Central que se refiere a las de Valencia ciudad y las comarcas próximas, y la de Poniente que se refiere a las tierras próximas a la meseta castellana.

El segundo tema de interés para Cavanilles en el marco de la naturaleza inicial del reino, viene determinado por el origen de las tierras valencianas y la diversidad de su suelo.

Resulta especialmente interesante su teoría que sostiene el origen de las tierras valencianas en la retirada del mar. Una retirada que, en su opinión, debió producirse hace millones de años por motivaciones desconocidas, cataclismos geológicos, pero que permitió emerger a una superficie no anegada a tierras que las diferentes especies terrestres podían habitar.

Cimenta su tesis de la retirada de las aguas en la configuración de los montes y cerros, donde, a su parecer, podemos encontrar sedimentos marinos, utiliza la expresión de acumulación de conchas, que determinan su procedencia. Los años, los vientos, las lluvias, fueron construyendo los cauces por donde se precipitaban los ríos al mar, construyendo unas llanuras

que, al margen de las zonas rocosas, inservibles para el cultivo, fueron creando las feraces tierras que conocemos.

Una constitución desigual, tierras altas improductivas y unas tierras bajas de enorme riqueza ayudada por el aporte de los ríos que las surcan.

### ***Geografía.***

Los ríos valencianos son uno de los elementos esenciales de estudio de Antonio José Cavanilles. Desde su perspectiva cuatro grandes ríos recorren las tierras valencianas: el Júcar, el Turia, el Segura y el Mijares. Y junto a ellos otros cauces secundarios, Palancia, Gabriel, Vinalopó, Cenia..., buena parte de ellos afluentes de los anteriormente citados, que completan una aportación de agua que el trabajo de los valencianos ha convertido, en el pasar de los años, en una sorprendente red de canales de riego. Canales que permiten que el agua que baja de las montañas apenas se pierda en el transcurrir de su camino hacia el mar.

La unión de la Naturaleza y el Hombre forman aquí el elemento central de la Civilización, de la riqueza que permite el progreso y la vivacidad de las gentes. Las tierras valencianas son las más ricas de España porque en ellas se unen los dones de la Naturaleza con la inteligencia del hombre para utilizarlos.

Las tierras altas cubren, aunque pueda parecer lo contrario, la mayor parte del territorio valenciano. Cumbres numerosas que recoge el espléndido mapa que podemos consultar



en su obra, y del que podemos citar nombres tan reconocidos como La Muela de Ares, Peñagolosa, la sierra de Espadán, el Mondúber, el Mongó, la sierra de Mariola, Aitana, el Puigcampana..., que sirven de referencia tanto a su visión del origen del territorio cuanto a la belleza y diversidad del reino de Valencia.

Completa su aportación geográfica con su admiración personal por las zonas altas que tuvo que alcanzar. Por la riqueza de una vegetación que le permite hablar de todas las riquezas botánicas que le ofrecen y que son también sus puntos de referencia para las divisiones comarcales existentes.

### ***Agricultura.***

En el campo de la Agricultura ya hemos hablado de la conjunción de la Naturaleza y el Hombre, del Agua y de Trabajo, y nos falta hablar de la iniciativa de las distintas generaciones que han sido capaces de ir adecuando la feracidad de la tierra y las diferencias climáticas y estacionales, a lo que significa la adecuación de los cultivos que puedan tener una mayor productividad.

En las Huertas profusamente regadas por las innumerables acequias, se acumulan los productos que les son propios, toda la enorme

diversidad de las hortalizas que inundan los mercados de toda la geografía española, y de buena parte de la europea, como en las zonas fácilmente anegables se acumulan las plantaciones del arroz que significan para Cavanilles un estudio singular tanto por la riqueza del producto obtenido, su calidad para la alimentación humana, cuanto por los peligros para la salud que los mismos comportan, por ser los terrenos donde se cultivan fácil espacio para la multiplicación de enfermedades. Tema este de permanente discusión que llegó a plantear la prohibición de su cultivo.

Pero tal vez sea el cultivo de la chufa y el cacahuete lo que más entusiasmará a Cavanilles por ser una aportación exclusiva de las gentes de la Huerta valenciana a la nutrición humana.

La exuberancia de la Huerta, los terrenos llanos, le admiran, aunque no es de menor admiración contemplar como en las zonas menos favorecidas del territorio, las mesetas y las tierras altas, el cultivo de la vid, de los vinos que produce, han llevado también el nombre de Valencia a toda Europa.

Y aún más admirable, Cavanilles lo convierte en un apartado especial, es el aprovechamiento de la tierra a partir de los árboles frutales. El tiempo le dará la razón. Los cultivos tradicionales de la Valencia musulmana, limoneros y naranjales, unidos a los propios de todas las variedades conocidas, hacen posible que hasta las tierras pobres sean en Valencia tierras ricas. Una ilusión de conquista del territorio, de sometimiento de la Naturaleza, que muy pocas naciones del mundo pueden conocer.



### ***Población.***

Es una de las aportaciones más originales de Cavanilles. Porque ante la riqueza que plantea, ante la feracidad de la tierra, aun en las zonas más pobres, es preciso plantear el porqué de la permanente confrontación que conocemos de los agricultores contra los nobles o burgueses propietarios de la Tierra.

Y el problema de los abusos nobiliarios, de las tremendas cargas que sobre los jornaleros han recaído siempre, la existencia de miseria en las tierras valencianas, pone en cuestión cuanto se puede decir de la riqueza valenciana.

Las Guerras de las Germanías, la sublevación de la Segunda Germanía, la propia existencia de los Maulets en la guerra de Sucesión, solo pueden encontrar su razón justamente en la denuncia que Cavanilles hace de una situación incomprensible del jornalero, del aparcerero, que será siempre una constante en la realidad valenciana.